

El primado de la temporalidad

Valoración y desvaloración metafísica del tiempo

JOSÉ V. TORRES

Universidad Nacional de Córdoba

La razón de que el tiempo haya sido “puesto entre paréntesis” por la meditación filosófica y hasta cierto punto proscripto por el pensamiento griego, se debe sin duda a esa actitud reflexiva, racional, con que la mente helénica se enderezaba hacia las cosas, rasgo en general común al espíritu occidental desde Parménides a Hegel: actitud *intelectual*, racional, cognoscitiva, que, interrogándose por el ser buscaba las esencias intemporales de las cosas. Identificado con el devenir fenoménico, con el flujo de la realidad aparential, el tiempo tenía las mismas contradicciones que éste; de ahí su “eliminación” del plano metafísico. En la imposibilidad de aprehender el devenir inasequible, en la búsqueda del ser esencial, inmutable, Platón desalentado pone su mirada metafísica en las ideas arquetipos, eternas, inmóviles e inmarcesibles. La inmutabilidad y perennidad de las esencias, a cuya búsqueda se entrega la filosofía desde sus orígenes, parece desalojar el tiempo a extramuros de la especulación filosófica. Ello es sin embargo más aparente que real, ya que semejante tendencia consistía en considerar los seres, esencialmente, en su relación o falta de relación con el tiempo; pero, sin excluir el tema mismo del tiempo. Sea en la afirmación parmenídica de una “eternidad extra-temporal” o en la fórmula heraclíteica de una “perennidad temporal”, el tiempo es elemento de enlace y objeto de examen por la metafísica antigua, sobre todo, al aplicar categorías temporales a lo extra-temporal, como lo ha señalado el profesor Mondolfo en su trabajo *Eternidad e Infinitud del Tiempo en Aristóteles*. Por ello quizás, concluye Gaos: “Pero ya desde la antigüedad tomó la filosofía por el tema del tiempo mismo, concibiéndolo primero más en concreto con las cosas y luego más en

abstracto; primero como algo natural, real, objetivo y más tarde como algo subjetivo, ideal y fenoménico a una”.

Desde luego, la filosofía antigua, la metafísica tradicional era por principio intemporal, porque como hemos dicho le atraían poderosamente las esencias, con un cabal desprecio por las existencias. Desde la Edad Moderna la filosofía ya no retrocede ante el tema del tiempo; pero la racionalidad que la caracteriza llevada hasta sus últimas consecuencias pensará el tiempo cuasi exclusivamente en función del espacio, concepción puramente cuantitativa y hará de él una categoría cognoscitiva. Todavía en la filosofía moderna hay un mirar de reojo, como de soslayo a la experiencia inmediata, a la realidad temporal, porque el racionalismo aún busca demasiado la sustancia. El propio Kant, no obstante su pulverización de lo en sí, mantiene cierta desconfianza y desprestigio por lo fenoménico. Francisco Romero en su magistral ensayo *Temporalismo*, dice, refiriéndose a Kant: “En la temporalidad del fenómeno hay aspectos irreductibles al formalismo sustentado por él, y que suponen, si no una temporalidad mas allá del fenómeno, por lo menos un fundamento extrafenoménico de la localización temporal, fundamento que de algún modo enraizaría el tiempo en lo en sí”. Romero se hace eco del reproche que Otto Weininger le dirigía a Kant, de no haber tomado en cuenta la cuestión de “la irreversibilidad del tiempo, juntamente con el misterio del mundo . . . , como el problema más hondo del universo”.

Ahora la situación ha cambiado casi inversamente podríamos decir y el tiempo ha reclamado y logrado un lugar de primera fila en los temas centrales de la metafísica. En nuestros días se ha visto en el tiempo una entidad fundamental y humana, que tan pronto tiene estrecha relación con el ser y los modos del ser, en una misteriosa vinculación y coordinación de sus momentos con las diversas esferas y modalidades de lo real; como se ve en él, el fundamento mismo de la realidad, de toda realidad. La reacción desde luego no es nueva, apunta ya en el Romanticismo; es la revancha de las existencias tanto tiempo preteridas, de lo irracional tan despectivamente dejado de lado. Es la lógica reacción a esa forzada conversión en espacio a que lo había sometido el exceso racionalista; y, desde las ruinas del edificio derrumbado, surge pujante el tema del tiempo desde principios del siglo pasado, lleno de virtualidades y posibilidades. Los gérmenes latentes, largamente contenidos, sólo esperaban la ocasión y terreno

propicio para hacer eclosión desbordante, hasta anegar grandes territorios de la filosofía y reclamar un dominio despótico sobre todo lo humano. Vivimos el primado de la temporalidad. La filosofía del tiempo penetra hoy en la intimidad del ser, es ingrediente que explica o función del cual se pretende explicar la organización de la vida humana, individual y colectivamente, entra como elemento directriz en lo biográfico y lo histórico; se ensaya interpretar las culturas en función del tiempo; se procura una comprensión de la vida humana, por un estudio del "tiempo anímico", que cobra cada vez más el carácter de una antropología filosófica; vale decir, la problemática del tiempo ha invadido todos los ámbitos especulativos a grado tal que, sin temer de incurrir en herejía terminológica, podemos señalar o hablar de una psicología del tiempo, de una metafísica del tiempo, de una ontología o bien de una *ontochronia*, según la expresión de Heidegger.

Una filosofía del tiempo, una concepción temporalista, es la que subyacentemente informa a más de una filosofía contemporánea. Expresa o implícitamente, la temporalidad entra como positivo ingrediente en más de una concepción de la realidad física o espiritual. Es elemento activo y principal en torno a la indagación de las culturas y de la historicidad. Es tema de referencia a toda trascendencia y es punto de partida del filosofar en el examen psicológico y metafísico del yo, de la naturaleza de la conciencia; en fin, entra en todo manipuleo ontológico de las estructuras de la realidad. Las relaciones del hombre con el tiempo, ya sea dentro de los marcos de la analítica existencial, o bien del examen psicológico del tiempo anímico o de los más vastos horizontes de un tiempo creador, en la duración bergsoniana, echa las bases de una metafísica del tiempo de proyecciones insospechables. Este primado de la temporalidad pareciera guardar correspondencia con las características históricas que nos toca vivir: era de la desintegración atómica y del avión supersónico. En una palabra, era del "Tiempo atómico" y del "Tiempo creador", como alguien justificadamente los ha conectado y relacionado. Sobran razones explicativas de esta irrupción de la temporalidad en el plano de la meditación filosófica, aparte de lo ya dicho sobre el desquite de las existencias sobre las esencias y de las intuiciones románticas postergadas. La alta tecnificación y mecanización en la industria y en todos los órdenes de la vida contemporánea, han hecho del hombre

un triunfador del tiempo, en cuanto lo aprovecha cuantitativamente y lo vive hasta en sus menores instantes. Por ende hemos adquirido una nueva conciencia del tiempo, del ritmo febril y acelerado en que se desenvuelve la actual existencia humana, a grado tal que la libertad se ha convertido en despotismo y el hombre es esclavo del tiempo. Por otra parte, nuestro horizonte mental cognoscitivo del tiempo, de la realidad temporal, se ha dilatado a límites inconmensurables, casi inimaginables. A todo ello ha de agregarse la mirada filosófica de ciertos pensadores geniales. Bergson se *encuentra* con la idea del Tiempo y *descubre* —realmente ésta es su revolución en filosofía— que hay un tiempo real, tiempo de la conciencia, del que los filósofos poco y nada se han ocupado, que es distinto al de la ciencia, al que utilizan las matemáticas. La duración le abre a Bergson y al resto de los pensadores, las puertas de la vida interior, el dominio de lo psíquico. Una visión más honda de la *durée*, le permite a su vez descubrir el principio de intuición, cuya idea directriz, sobre la base de la teoría de la duración, ha de promover la renovación de todos los problemas de la filosofía, revista de los sistemas, examen de las doctrinas y comprobación de una sistemática desviación. En estas reflexiones se encuentran las ideas germinales de una nueva teoría de la estructura psíquica, de una nueva teoría de la ciencia y de la cultura humanas en general, de una teoría de la historia de la filosofía, es decir, una teoría de la filosofía en su historicidad.

Problemas centrales y subproblemas de la filosofía, la ciencia, la cultura, la metafísica, son contemplados bajo la faz de la temporalidad. Bergson da así, cima al proceso de una valoración metafísica del tiempo. Su noción de lo duracional como cualidad pura y su principio de intuición conducen a una metafísica del tiempo.

Otro triunfo metafísico del tiempo lo encontramos en Heidegger, aunque también hallamos aquí a la vez una desvaloración metafísica del mismo. Su análisis de la vida humana, de la existencia, le hace descubrir su carácter temporal, su esencial finitud. Ahora bien, la concepción de un tiempo finito, con horizontes y límites, a que conduce inevitablemente la analítica heideggeriana, en la investigación realizada hasta ahora por el filósofo de Friburgo, en su pretensión de dilucidar las estructuras formales del *Dasein* en función del tiempo, ha complicado el problema del tiempo. La conclusión terminal del análisis de Heidegger implica una desvaloración metafísica del tiempo,

pueda sacar al existencialismo del impasse temporalista. El tiempo originario es esencialmente entidad trascendente, pero esta trascendencia está limitada por el *Dasein*, en Heidegger, tiene horizontes. Pero, una trascendencia que rebase la existencia humana, puesta su mirada en la eternidad, hacia valores absolutos, reclama una temporalidad acorde con ella. La paradoja es que una auténtica y sostenida concepción metafísica del tiempo, parece ser la solución que se vislumbra para salvar al existencialismo de la contingencia radical. Con cuánta razón expresa Romero que la conciencia de la finitud no cierra definitivamente las puertas para el hombre, porque "se negaría con ello la voluntad de trascender, propia y constitutiva del ente espiritual, consustancial con el hombre". "La evasión última no es existencial, sino extraexistencial —continúa Romero—, abandona el plano temporal y se refugia en la intemporalidad de los valores. En su fórmula postrera y definitiva, el hombre no es, como piensa Heidegger, un ser para la muerte, sino un ser para el valor" (Francisco Romero, *Temporalismo*).

Ya José Gaos ha señalado en el existencialismo la "falsa unilateralidad de sus bases", y por tanto que tal unilateralidad podrá acaso desaparecer con la comprensión de que el trascender de la existencia no puede detenerse en la existencia misma, sino tiene que rebasarla, sobrepasarla hacia instancias más valiosas que ella misma. Es decir, una trascendencia orientada o dirigida hacia el valor, una trascendencia que incorpore valores, que la haga cada vez más valiosa "un trascender que dura", para servirme de una frase de Romero; un progreso y no un proceso evolutivo. Cuando hablamos de una trascendencia valiosa, entendemos o pensamos en un intercambio problemático entre instancias concretas y valores; en cuanto unas pueden incorporar y actualizar valores y en cuanto estos pueden encarnarse en lo concreto.

¡En cambio, qué distinta situación encontramos en Bergson! La metafísica del tiempo tiene aquí un rigor y una jerarquía superior a Heidegger. Por el camino de una temporalidad creadora, de un tiempo creador, el hombre deja de ser un ser para la muerte y se convierte en el vencedor de la muerte. Esta es precisamente la diferencia y la ventaja a la vez de Bergson sobre Heidegger. Mientras la del primero es una filosofía de la Vida, sustentada sobre la Duración, auténtico "tiempo creador", tiempo vital, donde todo es creación, novedad,

invención, espontaneidad, sin sujeción a modelos, formas, ideas o categorías; en el segundo, es una temporalidad en el sentido de la Preocupación, de un Ser para la Muerte.

Una sola crítica a la temporalidad de Bergson, recogemos y hacemos nuestra: la que entre nosotros le ha dirigido Alberto Rougès: sobre la anticipación del futuro, como característica de la vida espiritual, que se halla ausente y es negada por Bergson, para quien no puede existir una visión del futuro, sino como cierta visión del pasado. Tal error tiene su origen, como lo señala Rougès, en una confusión entre dos clases de aconteceres: el físico y el espiritual. La intromisión ilegítima de aquél en la representación del tiempo ocasiona dificultades al infinito; de manera que es una cuestión previa el deslinde de la especie de acontecer a que nos referimos; para llegar a una clara comprensión sobre la naturaleza del tiempo. Ortega y Gasset también se ha hecho eco del error de Bergson, al proclamar lo que él llama "futurición", como un retroefecto, que es invención, revalorización, reidealización, vida espiritual, invención continua, que no se deja llevar por la corriente de lo físico, porque es supervivencia y anticipación del futuro al mismo tiempo.